

BESAME



—¿Lo ves, mujer? ¿Estás satisfecha?

—Satisfecha, no. Rendida, sí.

20 cts.

¡ATENCIÓN, LECTORES!

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

En breve se pondrá a la venta el extraordinario

Almanaque BESAME

Lo nunca presentado en el género galante.

Lo más frívolo.

Las más estupendas mujeres en sus momentos más íntimos.

DESNUDOS A TODO COLOR

Enorme cantidad de dibujos de la más seductora galantería, y debidos a los más prestigiosos dibujantes del género.

Humorismo y picardía por toneladas. Profecías amorosas. Pronósticos reservados.

¡La trepanación, la hipotenusa, la televisión y el bacalao a la vizcaína son cuatro tonterías sin importancia al lado del

Almanaque BESAME

que es la peritonitis de la cachondería con extra corta.

¡Chistes para troncharse, versos para desfallecer y señoras para tumbarse!

El **Almanaque BESAME**

es la solución de todos los problemas que atormentan al género humano; con él no hay penas posible, y todo negocio torcido se endereza.

Sus fotografías, sus dibujos, sus colores, sus cuentos, sus poesías, sus epigramas, sus chistes, sus historietas y todo cuanto forma esta pequeña enciclopedia del buen humor amoroso, valen más que el kempis, el koran y la Biblia en verso, pero la EDITORIAL CARCELLER, que no repara en gastos por servir a sus millares de lectores, hace un nuevo y gigantesco esfuerzo, y sólo ha puesto el precio de 60 céntimos al maravilloso

Almanaque BESAME

¡Prevenidos, lectores!

No dejéis de comprar en seguida el

Almanaque BESAME

que en breve se pondrá a la venta.

¡¡60 céntimos!!

Redacción y Administración
Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA
Teléfono 11102 Talleres "LA GUTENBERG"



AÑO I Núm. 22

Suscripción trimestre...	...	2'50 Ptas.
semestre...	...	5 "
año...	...	9 "
Extranjero, año...	...	13 "

POLÍTICA DE ECONOMÍAS

Ha llegado hasta nosotros una anécdota referente a la confección de los presupuestos nacionales que ahora se discuten en el Congreso, que merece ser conocida de nuestro público, y que vamos a dar con las naturales reservas de nombres. Hemos copiado de los católicos la máxima de que "el pecado puede decirse, pero no el nombre del pecador", y así callaremos discretamente las filiaciones de los personajes. Pero damos a nuestros lectores palabra formal de ser cierta la anécdota.

Era cuando el señor Carner circulaba órdenes a todos los Ministros para que restringieran las cifras de gastos de sus respectivos departamentos, a fin de introducir el máximo de economías posibles. Los ministros reproducían la orden a los subsecretarios; los subsecretarios la transmitían a los directores generales; éstos la trasladaban a los jefes de sección... y así iba, de unos a otros, la orden de introducir rebajas, de reducir gastos, de secundar al ministro de Hacienda en su política de economías. Todo el mundo temblaba, sin acertar recortes de cifras que luego no produjeran un conflicto. Y cuando la orden llegó a cierto alto jefe, diz que la anécdota se produjo así:

El alto jefe penetró en su despacho dispuesto a suprimir de un plumazo todo gasto que no afectara directamente a su persona ni a subvenciones a entidades amigas. Pensó en suprimir luces, para ahorrar fluido eléctrico; pensó en suprimir ordenanzas, para rebajar la nómina; pensó en acortar la consignación para escobas, plumeros, espartos, ponzales y demás útiles de limpieza, ya que el Ministerio podía funcionar igualmente si estaba un poco más sucio y habían unas cuantas colillas más alrededor de las escupidoras; pensó... en la lista de personal. ¿A quién no se le hubiera ocurrido dar pasaporte a media docena de esos inverosímiles empleados que ni si-

quiera son conocidos de los porteros? Con la lista de empleados en la mano, llamó al subjefe. Y ahora co-

menzaron las sorpresas y perplejidades del jefe de sección. El jefe iba leyendo nombres; el subjefe iba relatando los méritos y derechos de cada uno. No había manera de expulsar a ninguno, sin previo expediente. Sin embargo, el jefe estaba resuelto. Suprimiría nombres, aunque fuese temporalmente, para dar la sensación de la economía.

—Josefina Pérez Santacana—leyó—. ¿Quién es ésta?

—Es... una mecanógrafa protegida por un diputado.

—Dejémosla. Veamos otra. Rosa García Nicomedes...

—No acude nunca a la oficina; pero el subsecretario se interesa mucho por ella, y...

—Veamos otra. Antonia Ríos-Húmedos...

—Es amigueta de un general muy fiel a la República.

—¿Pero es que no va a ser posible suprimir un solo nombre? ¡Así va la administración del país! ¿No vamos a encontrar una sola, empleada que no oculte en sus faldas a un personaje influyente?

—Queda Consuelo Ortega Zapater...

—¿Quién es? No la he visto nunca.

—Está en el archivo. En el último piso. Es una buena muchacha, de conducta intachable, que vive con su anciana madre y una tía coja. Debo confesar que acude puntualmente al trabajo, y se esfuerza en cumplir mejor que los más antiguos de la casa.

—Pero... ¿sin que haya detrás de ella ningún diputado o subsecretario?

—Ninguno. Es muy honesta. El ingreso lo debe a sus propios méritos.

—Lo siento mucho, pero... Enviémosla aquí. Comenzaremos por ella. Cuando menos, ya tengo una supresión posible.

Y unos minutos después entraba en el despacho del jefe de sección una muchacha morena, linda de verdad, carnosita, de ondulantes movimientos y mirada voluptuosa. El jefe, que esperaba hallarse con una



—Dicen que era astrónomo, y debe ser verdad, porque aunque no le pude ver el telescopio, él me hizo ver las estrellas...

espantapájaros, se sintió titubeante por haber de despedir a tan interesante y atractiva mujercita. La hizo sentarse, para que no cayera al suelo a la impresión del despido, y ella lo hizo de modo que quedaron de manifiesto, ante los curiosos ojos del jefe, sus ligas azules y un trozo de muslo redondo y apetecible, morenito y sugestivo. El jefe, aunque más turbado que ella misma, se sobrepuso a la emoción, y con largos rodeos le expuso la necesidad en que se encontraba de despedirla de la oficina. Se lo dijo con palabras dulces, asegurándole que ella saldría gananciosa porque en cualquier otro sitio ganaría mejor sueldo que allí. Pero la muchacha se mostró muy afilgida; apoyó los codos sobre sus rodillas y escondió la cara entre las manos, sin duda para llorar. Por cierto que al esconder la cara mostró otra cosa, por efecto de su inclinación; mejor dicho, dos cosas, redonditas y tersas, que casi escaparon por el desmesurado descote... y que hicieron en el jefe un efecto

profundo de enternecimiento. El jefe era hombre que no podía ver con tranquilidad a una mujer llorando, y sobre todo no podía verla con tranquilidad si mostraba los muslos y los senos como esta inocente y apetecible chiquilla.

—Es por necesidad de hacer política de economías...—repetía el jefe con los ojos en los bellos panoramas que ella mostraba sin darse cuenta.

—Pero dirán que me echan por inútil... por torpe, por perezosa, por incumplidora, por holgazana, por...

—Yo mismo enviaré un recado a su madre para que comprenda...

—¿Mi mamá? ¡Oh, no se trata de mi mamá, sino del viejo!

—¿Del viejo? ¿Qué viejo?

—Mi... mi... amante...

—¿Cómo? ¿Tiene usted un amante? Me habían dicho que vivía usted con su madre y una tía coja...

—Lo que no impide que tenga un amante. Un viejo muy rico y muy espléndido, pero que me tiene con la obligación de que esté empleada para demostrar que llevo una vida

honesta, y que soy una humilde mecanógrafa sin complicaciones... Al saber que me han despedido, pensaré que no cumplo con el trabajo, que no vengo a la oficina, que me dedico a engañarle... y me suprimirá la gruesa imposición mensual que me hace en el Banco...

—¡Bah! Encontrará usted otro, más joven y más...

—¡No, no! Cada uno tiene sus gustos. No quiero jóvenes. A mí me gustan de cierta edad...

El jefe la miró con mayor enternecimiento que antes. Se acercó a ella, la abrazó con dulzura y le murmuró al oído:

—Vamos, tranquilícese usted. Todo puede arreglarse... si usted es también amable... ¿Está usted libre esta tarde?

—Casualmente, sí.

—Podríamos comer juntos... en un reservado... y hablaríamos...

—Como usted guste... Pero ¿verdad que es el subjefe el que le ha indicado que debía despedirme? Si, sí, ya lo supongo. Ha sido por vengarse. Hace medio año que me pretende y... como siempre me he burlado de él...

—Muy bien hecho, hija mía. No he conocido nunca tipo tan ridículo ni tan antipático.

En aquel instante suena el teléfono, y el jefe, teniendo en sus rodillas a la linda mecanógrafa, responde al ministro, que es quien personalmente le llama:

—Sí, señor ministro... ¿Economías? Ya he comenzado a resolver algo... En el personal puede rebajarse algún sueldo... por ejemplo, el del subjefe, que no sirve para nada y se pasa el tiempo acosando a las mecanógrafas...

El resultado de la escena fue que el subjefe quedó propuesto para baja en la nómina del Ministerio. Si ha sido suprimido, no lo sabemos ya. La anécdota acaba aquí. Comprenderán ustedes que para saber detalles de la continuación sería necesario que también nosotros fuéramos muy amiguitos de la sugestiva mecanógrafa. Y damos nuestra palabra de que no la hemos tenido jamás al alcance de una mano. Si non e vero...

J. DE V.



—¿Qué más esperabas de mí?
—Que te alargases hasta los cinco duros...
—¿Estás loca? Si aun lo que me sacas te cuesta sudar bastante...



DON NICÉFORO

(Amago de tragedia ciudadana)

Es esta una vieja historia.

Bien que sus personajes no vieran achuchado jubón ni ciñeran a su cinto toledano acero.

Tampoco vistiólo el "juvenil" poeta de la presente República, Luis de Tapia, y, ¡qué caray!; afirman los murmuradores—como chineches en hospedería en ninguna parte faltan—que allá en los lejanos tiempos en que Loreto Prado, con infantiles entusiasmos jugaba a las muñecas, vióse sorprendida un día por un rapaz: (nuestro poeta).

Ni mostró inquietud ni temor. Antes bien, sonrió primero, para terminar con fuerte y estridente carcajada cuando el mozo, en blanco los ojos, avanzando el diestro brazo, entreabierto los labios, dejó escapar el hilillo de su voz suave y acariciadora:

*Si me dejas tu muñeca,
Doile pan, doile manteca.*

Ni más ni menos hubiese dicho alguno de nuestros "floreados" ingenios en los Juegos Florales.

Y ahora convenid todos en que si este relato es coetáneo (1) de la anécdota que antecede, desde entonces a hoy ha debido transcurrir un montón así de años.

(El lector.)—No tantos, amigo, no tantos.

(Yo.)—¡Bueno! Un montoncete así, ¿eh?... ¡De acuerdo?

Adelante, pues, y empiezo:

Don Nicéforo Morrillo de Becerra, a más de melómano y filatélico (2), era propietario del mejor comercio de peines y boquillas de la ciudad.

Un lince debía ser para el negocio.

Más de una vez oí asegurar que llegó al total desplazamiento de la materia prima para la confección de sus artículos, sustituyéndola por "algo" que, desde poco después de casar, llevaba en todo momento en la cabeza.

¡Habéis conocido caso de mayor obsesión por la defensa de intereses comerciales?

Aun no he podido comprender la sonrisa maliciosa de mis contertulios al hacer yo en cierta ocasión la apología del señor Morrillo.

—Ese "algo" de que todos habláis, es ciertamente extraordinario—dije—. Mirad, y pasmaos. ¿Quién de vosotros podría negar que entre este peine y uno de asta legítima no existe la misma identidad que entre una gota de agua y otra gota del mismo elemento?

Fué tan grande el estrépito de risas con que recibieron mi pregunta, que levantándome de un salto, salí escapado.

En mi huida, a través del alborotado reír, llegaron a mi oído tan sólo dos palabras:

¡Infeliz e ingenuo!

... .. (3).

Esta mañana encontré a Pérez, a quien buscaba.

—¡Por fin topé contigo!—exclamó jubiloso.

La sonrisa de Pérez se torna irónicamente burlona. La misma ironía hay en su voz cuando empieza a hablarme.

—¿Dijiste topar?... ¿No sabes?... Don Nicéforo continúa progresando.

No me extrañé; lo encontraba tan natural como que haga calor en Agosto o que Pérez Madrigal siga dejando libre escape a sus tonterías en el Parlamento...

Pero cuando terminó de contarme...

¡San Marcos el Evangelista, del manso buey me valga!

El caso no es para menos.

La mujer de Morrillo... bueno... ¡Ejem!... Que vamos... que... ¡Ejem!... ¡Ejem!... "Eso", hombre, "eso"!

(El lector, que debe ser muy perspicaz, guiñándome un ojo.)— "Eso"... ¿eh?...

(Yo.)—¡Recuerdo! Justo. "Eso" es...

Y no con un ciudadano cualquiera.

Le engañaba (¡Atiza! ¡Con qué facilidad me ha salido ahora!) con monsieur Michael.

Durante mucho tiempo, el buenazo de don Nicéforo vivió feliz, ajeno a cuanto no fueran sus comerciales asuntos, hasta aquel día en que sobre la mesa de su despacho encontró el doblado papel de un anónimo.



—¿No tenías ganas de que te tocara el gordo?

"Tu mujer se entiende con un francés"—decía escuetamente.

Quedó sorprendido un momento; pareció reflexionar después, y tropezando con cuanto a su paso se oponía, corrió veloz hacia sus habitaciones.

Allí sorprendió a la infiel.

Sin darle tiempo a nada la asió por un brazo, y con entrecortada voz, tras de darle a leer la delatora esquila, inquirió anheloso:

—¿Es verdad?...

Abatida ella, bajó la cabeza.

Insistió Morrillo apremiante:

—Di: ¿es verdad?—y surgió la confesión en forma de un "sí", vacilante y aflautado.

Con mayor rapidez que antes al llegar, salió ahora. Al poco se le oyó, abajo, registrar en los cajones de su despacho...

Temblaba la perjuración.

Nuevos pasos de alguien que se acerca rápido, y, por fin, don Nicéforo, que entra jadeante y avanza hacia ella.

Resignada espera el golpe...

¡Pero qué diablos de cartel le muestra?

No puedo contener un suspiro que le brotó de muy hondo al leer las tres palabras que en un alarde caligráfico trazó su esposo:

"On parle français."

P. AREPLA

Cabañal.



—¡Ay, qué caliente estoy!

(1) ¡Anda, la osa! ¡Qué palabreja!

(2) ¡Mi abuela! ¡Cómo estoy hoy!

(3) Confidencialmente, lector. Estos puntos nada significan, como no sea por una línea más que no he escrito. Pero, ¡chitón! No vaya a enterarse el Director y me deje a régimen.

ECOS DE SOCIEDAD

Un conocido escritor, cuyo nombre daremos bajo las iniciales V. de la V., ha sufrido estos días una de esas desilusiones que con harta frecuencia amargan el corazón de los enamorados ingenuos. El señor V. de la V. no tiene derecho a ser ingenuo en materia amorosa, dada su historia teórica y las obras que ha escrito pretendiendo conocer la psicología de la mujer. Por lo cual estimamos que la desilusión sufrida ha sido en justo castigo a su perversidad.

Figuraos que el señor V. de la V. venía haciendo el amor a una apetecible casadita, con cuyo esposo mantenía antigua amistad. La casadita, que respondía a sus requerimientos con ambiguas sonrisas, que, si bien no la comprometían a nada, tampoco eran lo más a propósito para alejar al cortejador, llevaba una conducta intachable. Siempre en su casa o con su maridito, solamente salía sola una tarde por semana, los jueves, que iba a pasarla con su madre. Porque, al parecer, el marido no se llevaba muy bien con la suegra, y no la aceptaba en su casa, pero, comprensivo del amor filial, dejaba que su esposa visitara a la

autora de sus días esa tarde semanal.

El señor V. de la V. había pretendido que la casadita le admitiese para acompañarla en esas tardes en que salía sola. Pero siempre tropezaba con su más seria y rotunda negativa. Y tan obstinadamente lo prohibió seguirla en esas tardes, que el enamoradizo escritor llegó a sospechar si, en vez de madre, sería un amante afortunado quien la esperaba.

Pues bien; como el aludido escritor no es hombre a quien gusta perder el tiempo, al convencerse de que la casadita de sus deseos no llevaba trazas de aceptar sus requerimientos, optó por distanciar las visitas a su casa, por olvidar su amor y por distraerse en otros brazos femeninos, más o menos mercantiles. Y se dio a recorrer casas poco santas, cabarets, conciertos, cafés de camareras y todo lugar donde pudiera hallar una mujer propicia a hacerle olvidar a la casadita desdenosa.

Y una tarde—jueves por cierto—, al penetrar en cierta casa de tolerancia, donde los hombres suelen acudir para descargar sus con-

ciencias con esas ambiguas mujeres que van misteriosamente “a pasar un ratito”, nuestro amigo creyó convertirse en estatua de sal al encontrarse allí con la casadita de sus amores desdeñados.

Ella, sonriente, con una naturalidad asombrosa, le invitó a pasar a un cuartito para “hablar con más comodidad”. Y como el cuartito tenía una ancha cama, al escritor le pareció que nada más cómodo que tumbarse sobre ella para hablar tranquilamente. Y la casada, con su amigo, se tumbó también a su lado; pero antes tuvo la precaución, para no arrugarse los vestidos, de quitarse hasta la camisa.

—Sí—le confesó ella—; suelo venir los jueves, para distraerme...

—Pero... ¿no eran los jueves los días destinados a visitar a tu madre? ¿No temes que tu marido descubra que no es a tu madre a quien vienes a ver?

—No. No descubriría ninguna mentira. La mujer que te ha abierto la puerta... es mamá.

Ahora, ustedes me harán el favor de no divulgar mucho la historia, no fuese que llegara a oídos del esposo y me ocasionaran un disgusto por mi discreta indiscreción.

::

En cambio, el popular actor M., que, como saben nuestros lectores, pasa más temporadas sin trabajar que trabajando, no teme a pasar por indiscreto, y va contando a todo el mundo lo que le ha ocurrido con su amigo don Ramón N. No es más que una pequeña paradoja de las mil que la vida se complace en tejer cada día. Pero al popular actor le ha asombrado tanto, que se hace lenguas al explicarla en su tertulia del café.

El actor era asiduo del matrimonio Ramón N.-Teresita Z. Con frecuencia solía cenar en su casa, y venía observando que con mayor frecuencia todavía cenaba con el matrimonio otro amigo, al que llamaremos Eduardo, para despistar; joven y bastante más atractivo para las mujeres que este actor casi honorario. Lo observaba, pero sin maliciar cosa alguna; porque la verdad es que Eduardo y Teresita no se dieron en su presencia ni un mal rodillazo bajo la mesa.

Hasta que una tarde se le ocurrió al célebre actor ir a dar un paseo por un jardín público, y... ¡a quien dirán ustedes que vio! Pues a Teresita y Eduardo, cogidos del brazo, besándose a la sombra de los árboles y demostrando tal embriaguez en su idilio, que ni se daban cuenta de los paseantes que les veían acariciarse tan anhelosamente.

El actor se indignó y decidió comunicar al marido engañado aquel descubrimiento. Era imperdonable



—¿Quieres darme un poco de masaje?
—¿Por dónde?
—Dame por aquí detrás, que parece que se me abre algo.

engañar a un hombre tan decente y confiado como Ramón. Y, llegada la noche, cuando acudió a casa del matrimonio para cenar, como tantas otras, llevó al marido a su despacho, y con las naturales precauciones, le comunicó su desgracia, la infidelidad de la esposa que había descubierto aquella tarde.

El marido le escuchó con atención profunda. Luego permaneció con la cabeza baja, reflexionando. ¿Iba a decidir un duelo? ¿Matar a los adúlteros? ¿Pedir el divorcio?

Cuando pareció decidido, preguntó al actor suavemente:

—Dime, ante todo, una cosa: ¿Te han visto ellos? Es decir, ¿saben que les has visto tú?

—Creo que sí.

—¿No estás cierto?

—Sí. Estoy cierto de que saben que les he visto.

—En ese caso... lo que debes hacer es no quedarte a cenar esta noche. Me parece lo más correcto, para evitar el sofoco que les produciría tu presencia...

::

Pues esto apenas si vale la pena de explicarse al lado de lo que le ha ocurrido a un sabio catedrático valenciano, que se sentía horrorizado por las interminables visitas femeninas que recibía en su casa un vecino, artista él y más apreciado entre el público femenino que entre el masculino.

El catedrático, siempre que subía o bajaba de su casa, tropezaba con mujeres que iban a visitar al artista. Eran mujeres que ostensiblemente demostraban su condición de ligeras..., de alegres..., de fáciles... Bueno; ustedes ya me entienden. Y el catedrático, que se enfurecía a cada encuentro de estos, decidió poner fin a un estado de inmoralidad en su propia vivienda, que perjudicaba su fama de hombre serio y ponderado. Comenzó por hacer gestos de desprecio a las mujeres aquellas con quienes se cruzaba en la escalera; pero ellas se reían de él en su cara y hasta hubo una que se atrevió a darle un golpecito de cadera. Luego se quejó a la portera, para que transmitiese su queja al propietario; pero la portera, que recibía buenas propinas, se le quedó mirando con asombro.

—¿De veras que le molesta ver las señoritas que visitan a don Fulano? ¡Pero si son tan guapas!

Entonces resolvió ir a ver personalmente al dueño del inmueble, diciéndole tan horribles cosas de su vecino, que aquél llamó la atención al artista, aunque con la natural diplomacia. ¡Y aquí fué Trova! El artista se indignó de modo dramático, y declaró al propietario:

—¿Que yo recibo visitas de mujeres sospechosas? ¡Pero si precisamente es a él a quien van a ver por las tardes unas descaradísimas que nos afrentan a todos los vecinos!

Haga usted el favor de venir mañana de cinco a siete y verá quién dice la verdad.

El artista marchó directamente a la Administración de un diario católico, que tiene la primacía en anuncios escabrosos, y redactó el siguiente:

“Para filmar película española, se necesitan mujeres de todas edades, aunque no sean de la profesión. Pago espléndido. Asunto muy fácil. Preferibles tengan afición poses plásticas gran emoción amorosa. Presentarse de cinco a siete, calle de... (aquí, naturalmente, la dirección del meticuloso catedrático).”

Como puede comprender el lector, el resultado ha sido digno de una comedia vodevilesca. De cinco a siete, el siguiente día, la escalera de aquella honesta casa se vio invadida por docenas de mujeres, que llamaban a la puerta del catedrático y armaban el gran escándalo cuando

la esposa del “profesor doctor don X” les decía que allí no se necesitaban mujeres para nada. Ninguna se conformaba en haber hecho un viaje inútil, y unas pedían indemnización, otras decían que iban a denunciar al catedrático, otras pedían la cabeza del embustero...

El propietario de la finca, desde la portería, vió el incesante subir y bajar de mujeres que hablaban del catedrático enredón... Y, sin ánimo para presenciar largo rato el desfile femenino, marchó, dejando a la portera este recadito:

—Diga al catedrático que le agradecería que dejase el piso que ocupa, porque su profesión no está en consonancia con las visitas que recibe. Dígale que me marche afrentado...

Lo que no sabemos es lo que dijo el “profesor doctor” cuando la portera le dió el recadito.

F. DE TAL



—Para mí, está usted muy buena, señora.

—Sin embargo, doctor, esa paletilla parece que se desvía...

—No tiene importancia; échese usted y en seguida se la coloco en su punto.

COSAS DE Mujeres POR FAL



-Y SIN MAS NI MAS, HA DEJADO LA CARRERA
¡ALO MEJOR SE CREERA QUE LA VOY
A HACER YO POR EL!....



-NOTENGO MAS QUE CAVI-
LACIONES Y BIEN GORDAS
PUES TODAVIA NO SALGO
DE UNA, CUANDO ME METO
EN OTRA.....



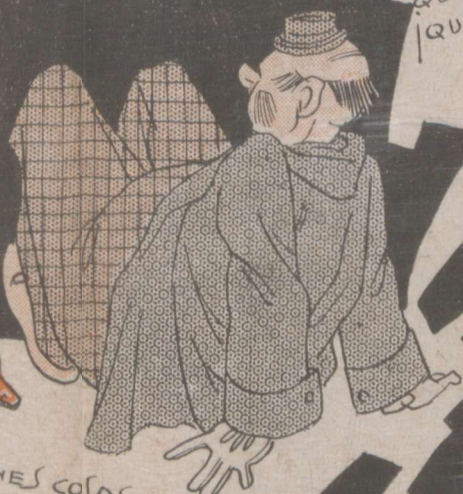
DICEN QUE EN LA
OPICINA ME APRECIAN
MUCHO, QUE SOY
QUERIDA DE TODOS.
¡QUE MAS QUISIERA!



-¿YATE VINISTE, PORFIN! ¿ME HAS
ECHADO DE MENOS...?
-MUJER, NO SÉ, SEGUN LO
QUE TE REFIERAS....



ELLA - TE MERECES QUE TE SACUDA
UNA BOFETA!
EL - ¡SACÚDEMELA!....



-TIENES COSAS DE TONTO...
-¡PUES ANDA QUE TÚ...!



-QUE CAPRICHO SO ES EL
-VIEJO. ¡QUIERE QUE ME
PONGA LOS ZAPATOS,
PERO YO CON ESTAS
COSAS, LO QUE ME
PONGO, SON "LAS
BOTAS.."



VENGANZA
MI MARIDO SE EN-
TIENDE CON ELLA,
PERO YO... ME VENGO
CON SU MARIDO..!!



-CADA VEZ QUE ME ACUERDO DE LO DEL CUARTEL...
¡QUE BARBARIDAD! EN MI VIDA ME LAS HE VISTO
MAS GORDAS.....

AL 732.

El gran invento

Sabido es que los habitantes de Noruega se dedican exclusivamente a la pesca, y, en particular, del bacalao. Orloff, el gran ingeniero noruego, era un patriota modelo, y durante muchos años no había cesado de trabajar para arrancar a la ciencia algún secreto que pudiera favorecer a los pescadores de la península escandinava. Muchas horas de desvelo, muchos días de trabajo constante, no habían sido bastante para que Orloff consiguiese lo que se proponía. Pero he aquí que un día, cuando menos lo esperaba y de la forma más sencilla, vió realizado su ideal. ¡Un aparato maravilloso! Un formidable invento que causaría la admiración del mundo entero, y haría inmensamente ricos a los pes-

cadores de Noruega. El aparato, instalado en cualquier barco, señalaría, con una precisión matemática, la cantidad de bacalao que había por aquellos mares y la distancia exacta a que se encontraba.

Orloff estaba satisfecho. El éxito era seguro. Para probar el aparato bastaba acercar un trozo de bacalao a la habitación donde estaba y... en seguida, con una maestría asombrosa, señalaba los gramos y distancia que había. No cabía duda. Orloff era todo un inventor.

La señora del noruego organizó una fiesta en honor a su marido, y a ella acudió la aristocracia noruega. Aquel día fué de alegría para todos; en todos los círculos se da-

ban bailes, y los humildes pescadores celebraban en las tascas el formidable éxito de Orloff.

El inventor, pasados los primeros días, en los que se vió agobiado por periodistas, inventores y curiosos, presentó su aparato al Gobierno noruego, y solicitó de éste que le fuese facilitada una prueba para poder demostrar prácticamente el resultado útil de su invento. Las autoridades superiores no se hicieron de rogar; bien claro se veía el negocio que se presentaba, y decidieron en seguida que se fletase uno de los mejores barcos pesqueros, para que el ingeniero probase su aparato. Así se hizo, y dos semanas más tarde estaba en disposición de zarpar un soberbio barco de pesca, perfectamente equipado, y dotado de una tripulación práctica y predispuesta para realizar esta difícil tarea.

Esta pesca requiere algunos días, y en muchas ocasiones se tarda semanas enteras. Por tanto, había que prepararse bien; pero Orloff estaba preparado desde el primer día. Así, pues, llegado el día que se fijó para la partida, el tiempo le faltó a Orloff para subir a bordo. Le acompañaban tres técnicos enviados por el Gobierno, algunos ingenieros amigos suyos y unos cuantos periodistas. También le acompañaba su esposa, que gustaba participar del éxito de su marido.

Después que hubieron realizado los últimos preparativos, en medio de la mayor aclamación, zarpó el barco en busca del bacalao.

Orloff estaba emocionado; la hora de su gloria estaba próxima. Su éxito sería, en breve, rotundo y definitivo.

En el camarote del capitán fué instalado el maravilloso aparato que estaba destinado a enriquecer medio mundo.

Pasaron los cinco primeros días sin que la menor novedad turbase la tranquilidad que en el barco reinaba. Orloff, el jefe de la expedición y el resto de la comitiva, no se apartaban un momento del aparato. Sus ojos miraban fijos la flecha indicadora; pero en el mar no debía haber ni un solo bacalao, porque la flecha se obstinaba en no moverse.

Era la noche del sexto día, y había quien se estaba durmiendo de pie, cuando Orloff lanzó una exclamación de júbilo que puso a todos en atención. La flecha comenzaba a inquietarse, pero los bacalaos debían estar muy lejos, porque el aparato aun no determinaba la distancia ni cantidad.



—¡Ay, maridito mío! No me gusta cómo llevas la chaqueta. En cambio, los pantalones los llevas muy bien puestos.

—Eso me dicen en el Casino los amigos: "que los llevo bien puestos".

El corazón de Orloff palpitaba aceleradamente; con los ojos fijos en la flecha esperaba el momento cumbre. De repente, las oscilaciones de la flechita se hicieron más notadas, más continuas, y fueron aumentando tan rápidamente, que a los pocos momentos la flecha iba de uno a otro lado del aparato. No cabía duda, el barco se hallaba rodeado de incalculables toneladas de bacalao. Había llegado el éxito. El capitán ordenó que se arrojasen inmediatamente las redes al agua; que se preparasen las grúas para elevarlas, que cada uno de los tripulantes ocupase su puesto, y en menos de diez minutos, las redes, recorrian el fondo del mar. Pero los entendidos en aquella clase de pesca se extrañaron de las órdenes, pues, a su entender, no había ni un solo bacalao a cien leguas a la redonda.

Orloff saltaba de alegría pensando en el ruidoso triunfo que aquello representaba para él.

El capitán dió las órdenes oportunas, funcionaron las grúas, elevaron las redes y ¡oh! desilusión, ni un solo bacalao. Orloff se puso nervioso, no concebía aquel fracaso; aquello era imposible. Algo le debió ocurrir a su aparato para equivocarse. Todos se miraban extrañados. El ingeniero y sus acompañantes fueron de nuevo a ver el aparato. Pero éste parecía loco, la flecha no estaba quieta ni un momento; marcaba miles y miles de toneladas. Pero lo raro del caso era que, sin necesidad del aparato, se adivinaba que había bacalao próximo, por el fuerte olor que se percibía. Orloff olfateaba por todos los rincones y miraba por todas las juntas, cuando, de repente, lanzó un rugido y cerró los puños con ademán amenazador, mientras continuaba mirando por una grieta que había en una de las paredes de madera que formaban el camarote. Lo que vio fué a su señora, completamente desnuda y en una postura muy poco correcta, y sobre ella al segundo de abordó, que parecía entrenarse para una carrera de caballos. Orloff recobró su serenidad, y asomando a sus labios una sonrisa tranquilizadora, dijo a los que le miraban llenos de estupor, creyendo que por efectos del fracaso habíase vuelto loco. Señores: Mi invento es infalible, sólo que el aparato ha sufrido una simple equivocación; pero espero mucho de él.

Valencia, 32.

SIBARIS



—¿Por qué llevas camisa?
—Porque todas las tardes, en el cine, me estropean la combinación.

POSTALES GALANTES

Las ligas de Teresina

Me ha dado un poco de pena al escribir el título de esta postal; semeja a obscena vulgaridad cuartelera, a título de novela inmoral y mal pagada. Pero no importa; las ligas de Teresina se merecen todo esto y más.

Figuraos que yo estaba acariiciando las piernas finas y sutiles de la muñeca, cuando de pronto, cerca de los muslos, me hace gracia el atadido de la señorita Teresina.

Porque ella usa como ligas unas cintas doradas de elástico, que oprime con un lazo tentador a su pierna, más tentadora aún.

Figuraos una bien modelada pierna que, enfundada en la media de seda negra, muestra arriba la gracia imponderable de esos lazos dorados.

Yo deshice los nudos a fuerza de dentelladas. ¡Pobres mordiscos

míos, que luego hubieron de convertirse en besos al contacto blando y perfumado de la carne de ella!

Yo no puedo, en la brevedad de estas *postales galantes*, describir como bien merece la emoción producida por esos insignificantes cintajos color de oro; sólo sé deciros que una de mis mayores emociones fueron aquellas cintas tan bonitas destacándose en el negro transparente de la media de seda.

Del amor aquel, tan enorme, que duró doce días, sólo conservo un trozo de cinta dorada, y a mis amigos del alma, a los que puedan acompañarme en el trance horrible de la muerte, les he rogado con toda mi alma que, cuando yo me muera, antes me ahorquen con ese galón dorado tan querido por mí.

CINICO ATHENEO

El ángel de la guarda

Una mañana, hace dos semanas, Borques, el carabinero, mientras su mujer se vestía en su presencia, vió que ésta tenía en un brazo unas señales rojizas. Las señales eran debidas, sin duda alguna, a un rudo mordisco.

A Borques le pareció poco probable que su esposa se mordiese en un brazo ella misma para distraerse. De haberle ocurrido algún accidente, con caballo o perro, habríalo comentado con el marido. El silencio de ella era tan sospechoso como la misma señal. Mejor dicho, el silencio era sospechoso, pero la señal era de elocuencia indudable.

Borques amaba a su esposa. Se

había casado con ella un año antes, luego de largo tiempo disputándola a los muchos pretendientes que la asediaban. La amaba porque era hermosa, porque poseía un cuerpo incitante y porque en la intimidad del dormitorio era como una frágua, cuyas caricias de llama le abrazaban y le enloquecían. Por esto, el trágico descubrimiento de la huella de dientes que llevaba en un brazo su mujer dejó a Borques sumido en el más profundo abatimiento.

Durante dos horas permaneció sentado en la silla, con la cabeza entre las manos, con la mirada fija en el vacío, con la frente arrugada, como si estuviese trazándose en la

imaginación un sombrío proyecto. Finalmente se levantó con aire decidido, y con paso también decidido salió de su casa para dirigirse hacia el río.

Cuando llegó al borde del agua se desnudó completamente, envolvió sus ropas con cuidado y se precipitó de cabeza en la corriente. ¡Pluf!

En aquel preciso momento, Labastida, el guarda campestre, pasó por aquel lugar.

—¡Aver, a ver! No creo que esté soñando... Es Borques que trata de darse un buen baño...

No dudó un minuto. Se arrojó precipitadamente al agua, y agarrando a Borques por bajo los brazos lo sacó a la rivera.

—¡Pero, hombre, Borques! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Tratabas de escapar de la compañía de los buenos amigos?... ¡No, no y no! ¡No te dejaré salirte con la tuya!

::

En la semana pasada, una mañana, mientras su mujer se vestía en su presencia, Borques vió que llevaba unas señales rojizas en una cadera. Eran señales, sin duda alguna, de un buen mordisco.

Ocho días atrás le había parecido poco probable que su esposa se divirtiese en morderse ella misma en un brazo. Ahora le pareció bastante difícil que hubiera querido divertirse mordiendo en una cadera.

Después de permanecer media hora sentado sobre la silla, con la mirada fija en el vacío, con la frente arrugada y la cabeza entre las manos, se levantó con aire resuelto. Tomó un taburete y una cuerda, y salió de su casa para dirigirse al bosque.

Cuando llegó al pie de una encina colocó su taburete. Subido sobre el taburete pasó la cuerda por una fuerte rama del árbol, y en el otro extremo de aquella hizo un nudo corredizo. Después se colocó el nudo corredizo por el cuello. Luego, con movimiento brusco dió una patada al taburete. ¡Crae!

En aquel preciso momento, Labastida, el guarda campestre, pasó por aquel lugar.

¡Remecachis en todos los diablos! ¡Es Borques, que trata de tomar el fresco colgado de aquella cuerda!

No dudó un minuto. Saltó sobre el taburete y cortó la cuerda que iba aplastando el cuello de Borques.

—¡Vaya, vaya, amigo! ¿Es que vuelves a tu manía? ¿Es que estás decidido a tomar billete para el otro



—¿Has estado en El Águila?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Por los globos.

mundo? ¡Pues, no, no y no! ¡No te dejaré salirte con la tuya!

..

Ayer por la mañana, mientras su mujer se vestía en su presencia, Borques vió que su mujer llevaba unas señales rojizas en la nuca. Eran señales de un mordisco, sin duda posible.

Quince días atrás le había parecido poco probable que su mujer se hubiese mordido ella misma en un brazo. Ocho días después le pareció bastante difícil que hubiera tratado de divertirse mordiendo en una cadera. Ahora le parecía absolutamente inadmisiblemente que ella misma, para entretenerse, hubiera llegado a morderse en la nuca...

No permaneció más de cinco minutos sentado sobre la silla. Habiéndose provisto de un hornillo y unos trozos de carbón vegetal se precipitó fuera de su casa y marchó a una caseta del campo en la que se guardaban las herramientas de los peones camineros.

Cerró cuidadosamente la puerta. Cerró cuidadosamente la ventana. Taponó cuidadosamente todas las rendijas. Encendió el carbón y se tendió en tierra. ¡Uf!

En aquel momento preciso, Labastida, el guarda campestre, pasó por aquel lugar.

—¡Santa madre de Dios! ¡Corramos sin perder segundo! ¡Es el simplón de Borques, sin duda, que trata de asarse ahí dentro!

Labastida no dudó. De un puñetazo rompió la ventana. De un violento golpe con la espalda tumbó la puerta. De un puntapié echó fuera el hornillo.

—¡Eh, Borques! ¡No te da vergüenza de ponerte tan testarudo en tu manía? Ya va siendo pesado esto de que cada ocho días tenga que ir detrás de ti para...

Pero no acabó la frase porque Borques le interrumpió con inesperada cólera:

—¡Labastida! ¡Me revientas, me revientas y me revientas! ¡Lo oyes? Te encuentras siempre donde no debías estar. Por última vez te ruego que no te metas en lo que no te importa. Si trato de hacer lo que me parece, mis razones tengo para ello. Tú no puedes imaginarte... Me sobran motivos, ¿sabes?, me sobran motivos... Mi mujer tiene un amante. ¡Lo oyes, Labastida, querido amigo Labastida? ¡Mi mujer tiene un amante!

Con la mayor calma, Labastida se encogió de hombros y respondió imperturbable:

—¡Que tu mujer tiene un amante?... ¡Que tu mujer tiene un amante?... ¡Ya lo sé, simplón, ya lo sé que tu mujer tiene un amante! ¡Como que ese amante soy yo!... Y precisamente por eso es por lo que no te dejaré que te mates... Porque si te marcharas de este mundo, co-

mo yo soy un hombre noble me vería obligado a casarme con Ernestina y... No, no. Ni pensarlo siquiera. Tiene demasiado genio, y un temperamento muy poco... fiel. Por eso me veo convertido en tu ángel de la

guarda. Por eso es preciso evitar que hagas una estupidez, que me obligaría a mí a otra estupidez mayor... ¿Lo comprendes de una vez, grandísimo idiota?

M. A. F.



—Por Dios, que no entre ningún ladrón, y si entra... que sea guapo.

¿QUE DICE VD. DE LOS HOMBRES?

ENCUESTAS
RÁPIDAS
POR
FERSAL



¡QUE MALDITA LA FALTA, QUE NOS HACEN
A LAS MUJERES!... TENIENDO UNA
BUENA AMIGUITA...



¿YO? ¡QUE ME TRAIGAN
POR LO MENOS UNO!

¿LOS HOMBRES? ¡PUACH,
QUE ASCO! PERO LO MALO,
ES, QUE... SON
IMPRESCINDIBLES!



¡QUE SON MI DEBILIDAD!
(MIRE VD. QUE SEÑ, LA DEBILIDAD, EL
SEYO FUERTE.)



VAMOS! TAN PROXIMO YA, ENERO
Y HACIENDO ESAS PREGUNTITAS
A UNA MADRILEÑA!...
(ES GATA, ¿SABE VD.)



YO NO DIGO MAS QUE UNA COSA, ¡QUE SI
EL HOMBRE, NO ES IGUAL, A LA MUJER, POR
UNA PEQUEÑA DIFERENCIA, ANATÓMICA,
PUES... ¡QUE VIVA, LA PEQUEÑA
DIFERENCIA!....

GRACIA DE LOS DEMAS

BODAS DE ORO

EL REFRAN ILUSTRADO



Ella.—Vamos a ver: ¿me has engañado tú en el curso de nuestros cincuenta años de matrimonio?

El.—Una sola vez, querida mía; una tan sólo...

Ella.—¡Oh!... ¡Qué lástima!... ¿Ves cómo esa vez te habría servido hoy?

IMAGINACION VELOZ



—¡Cómo! ¿Es una cita de la modista y firma "Carlos"?

—¡Es que es tan fina, querido!... ¡No ha de haber querido mortificarte con la aprensión de una próxima cuenta!...

—La adivina me ha dicho que yo engaño a mi marido con sus tres mejores amigos, y eso es una mentira.

—¡Ah! ¿Le eres fiel?

—No; pero él no tiene más que dos amigos.

LA FRASE ETERNA



—¡Oh! ¿Qué va a pensar usted de mí, ahora?

—¡Nada de malo, querida! Soy corto de vista y he olvidado mis anteojos.



Ella.—¡Cómo me pone de violenta usted! ¿Qué le pasa que se ríe a cada momento?

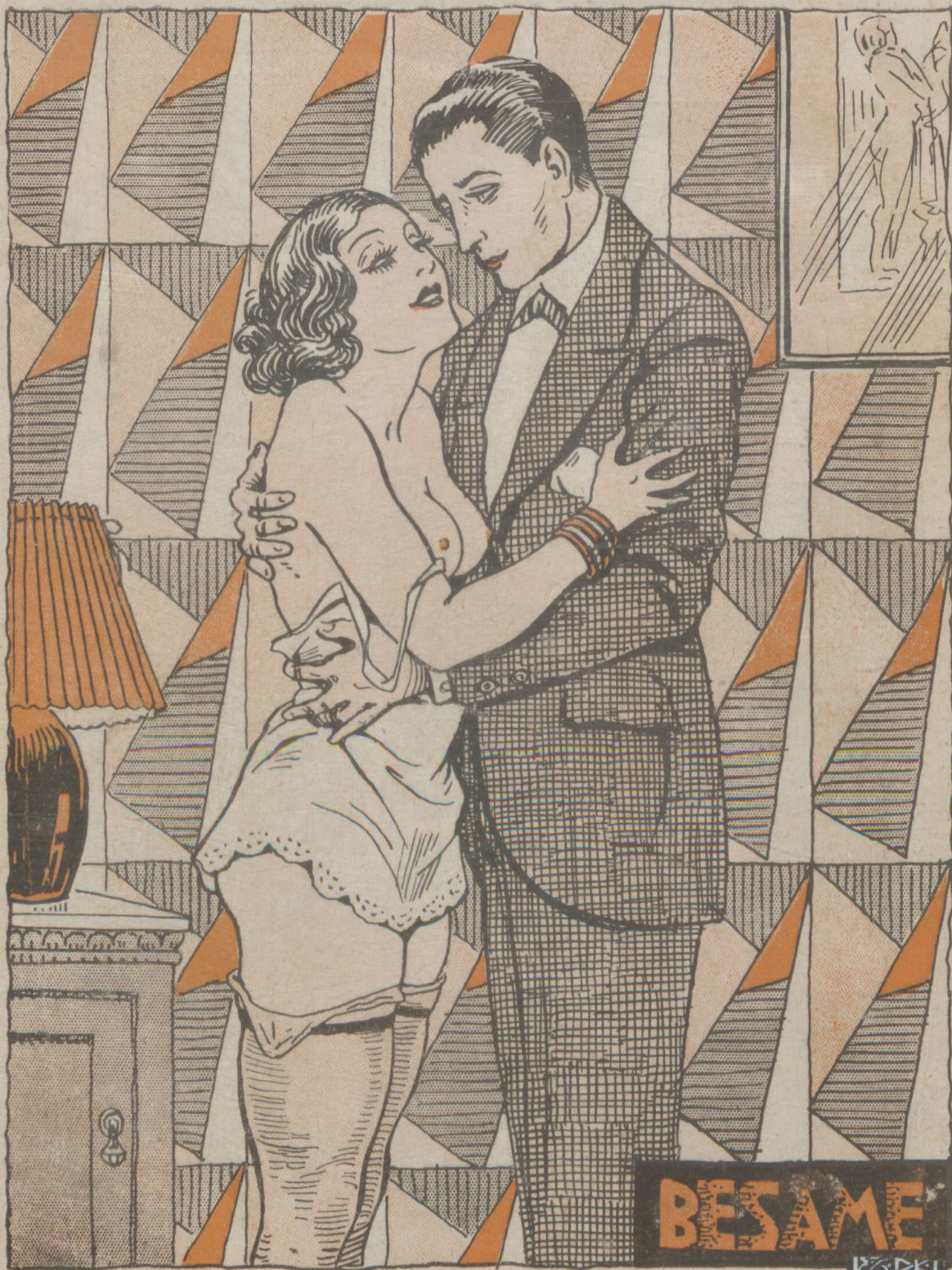
El.—¡Qué quiere, amiga mía! Nuestro proverbio lo dice: "El que va atrás, ríe más".

DESPUES...



—¡Y yo que me sentía tan feliz de tomar parte en el festín del amor!...

—Y ya ves... ¡te has indigestado!



20 cts.

— ¡Ay, riquín mío! Después del Lulú eres lo que más quiero.

